

De anomalía biográfica a modelo historiográfico: la *Historia de la Psicología Experimental* de E. G. Boring, una cuestión disputada

*Enrique Lafuente**

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

Este trabajo se centra en la *Historia de la Psicología Experimental*, la obra historiográfica capital de E.G. Boring. Su objetivo es discutir algunos de los rasgos fundamentales que han hecho de ella una cuestión polémica. Concretamente, se atiende a tres dimensiones principales: 1) la dimensión biográfica, en la que se trata de la supuesta anomalía que representa este libro en la trayectoria personal y profesional de su autor; 2) la dimensión historiográfica, en la que se analiza el modelo histórico propuesto por Boring y las distintas valoraciones a que ha dado lugar en el pasado; y 3) la dimensión de vigencia, en la que se destaca la validez que todavía hoy tienen algunos de sus planteamientos. El trabajo concluye subrayando la vitalidad actual del legado historiográfico boringiano.

Palabras clave: E.G. Boring, Historiografía de la psicología, *Historia de la Psicología Experimental*.

Abstract

This paper is focused on E.G. Boring's capital historiographic work, *A History of Experimental Psychology*. Its aim is to discuss some of the fundamental features making Boring's book a controversial issue. The following dimensions are particularly attended: 1) the biographical dimension, dealing with the alleged anomaly represented by the book in the context of Boring's personal and professional career; 2) the historiographical dimension, analyzing the historical model proposed by Boring and the different assessments it has received in the past; and 3) the present-time dimension, emphasizing those aspects of his contribution which can still be regarded as currently valid. The paper concludes by stressing the current vitality of Boring's historiographic legacy.

Keywords: E.G. Boring, Historiography of psychology, *A History of Experimental Psychology*.

* Correspondencia: Departamento de Psicología Básica I, Facultad de Psicología, UNED. c/ Juan del Rosal 10. 28040 Madrid. Tel.: 913986226. Fax: 913987079. E-mail: <elafuente@psi.uned.es>.

La dedicación de Edwin G. Boring a la historia de la psicología ha suscitado no pocos interrogantes entre quienes se han interesado por su vida y milagros. Porque, si se piensa bien, ¿cómo puede entenderse que un psicólogo experimental con una trayectoria brillante como la suya dejase de pronto a un lado en plena madurez (o relegase a un segundo plano) el trabajo de laboratorio que venía cultivando hasta entonces, para edificar ese monumento historiográfico que es su *Historia de la Psicología Experimental*?

En nuestro entorno, desde luego, eso sería prácticamente impensable. Más bien asistimos actualmente al proceso contrario: al reciclaje de trayectorias de ocupación historiográfica muy estimables en repentinos entusiasmos por la gestión universitaria –o, con menor frecuencia, por el trabajo de naturaleza práctica o experimental– en aras de logros académicos que se han vuelto de otro modo inalcanzables. Eso debemos a unas autoridades políticas y universitarias, agencias evaluadoras y demás celosos vigilantes de una particular manera de entender la excelencia académica que, si en lo docente nos ha conducido al despeñadero de Bolonia, en lo investigador está consiguiendo asfixiar a las Humanidades, desde luego y de manera particular en el ámbito de la psicología.

En esta situación no me ha parecido inoportuno volver la mirada hacia una obra como la de Boring, cuyo principal mensaje tal vez haya sido precisamente el de que «el don de la madurez profesional sólo le llega al psicólogo que conoce la historia de su ciencia» (Boring, 1929, p. x). En este trabajo no me propongo otra cosa que indagar en las raíces de este convencimiento boringiano, así como en la proyección y actual resonancia de su máxima expresión escrita.

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

Por lo pronto, un breve repaso a la trayectoria vital y profesional de Boring permitirá seguramente enmarcar mejor y arrojar alguna luz sobre la cuestión que nos ocupa.

Edwin Garrigues Boring nació en 1886. A su temprana y estricta educación cuáquera atribuye él mismo un fuerte sentido del deber que impregnará en adelante todos los ámbitos de su vida (Boring, 1952). De gran corpulencia y desmañado para los deportes, parece haber sufrido constantemente de una gran inseguridad tanto física como intelectual, un agudo sentido de inferioridad que le llevó en cierto momento de su vida a buscar ayuda psicoanalítica (Boring, 1940; Balbuena, 2002), y que, en todo caso, procuró aliviar por sus propios medios con una dedicación compulsiva al trabajo (el propio Boring se refiere a su régimen habitual de «ochenta horas a la semana y cincuenta semanas al año») (Boring, 1952, p. 51) que acreditan cuantos le conocieron (Stevens, 1973).

En 1908 se licencia en Ingeniería Eléctrica por la Universidad de Cornell. Tras una breve experiencia profesional poco satisfactoria en este campo y en el de la enseñanza secundaria, decide volver a la universidad para estudiar Física, aunque termina orientándose hacia la Psicología por influencia de su profesor de psicología animal, Madison Bentley, de quien llega a ser ayudante en 1911. La gran figura de la psicología en Cornell era por entonces, naturalmente, Edward Bradford Titchener, el psicólogo británico que representaba, tanto en la universidad como en la psicología norteamericana en general, el punto de vista wundtiano más ortodoxo (o lo que Titchener entendía erróneamente por tal, según ha hecho ver la crítica historiográfica posterior), desde el que la psicología se concebía como una ciencia puramente experimental basada en la investigación de laboratorio. Boring se incorpora al grupo de este gran maestro, que llegó a reconocerlo como su «mejor discípulo» (Stevens, 1973, p. 46), y se doctora bajo su dirección con una tesis sobre la sensibilidad del canal alimentario que defiende en 1914.

Durante la I Guerra Mundial participa como voluntario en el amplio programa de evaluación de reclutas por medio de tests mentales que había puesto en marcha y dirigía Robert Yerkes y que representó un impulso decisivo al reconocimiento de la psicología como ciencia aplicada y como profesión.

Acabada la Guerra, en 1919, obtiene una Cátedra de Psicología Experimental en la Universidad de Clark, de la que decide marcharse al poco tiempo por discrepancias políticas con su Rector, el geógrafo Wallace W. Atwood. Pasa entonces a ocupar una plaza de menor rango académico en la Universidad de Harvard (1922), en la que permanecerá ya hasta su jubilación, pese a algunas tentadoras ofertas que irá recibiendo de otras universidades (Stanford, Princeton, Cornell...).

Al poco de llegar a Harvard, Boring emprende la redacción de su *Historia de la Psicología Experimental* (1929), la obra por la que llegaría a ser más conocido. Pero su actividad se iba a proyectar asimismo en muchas otras direcciones. Publicó libros y artículos sobre muy diversos temas (Cuadro 1). Dirigió el Laboratorio Psicológico de la Universidad de Harvard desde 1924, y su Departamento de Psicología antes y después de lograr, no sin esfuerzo, su independencia del de Filosofía (1934). Fue editor (junto a Bentley y Washburn) del *American Journal of Psychology* (1926), la revista psicológica más antigua de América. Fundó y editó la revista *Contemporary Psychology*, que pronto alcanzó gran prestigio. Fue Secretario (1919-1924) y Presidente de la APA (1928)... Como escribió uno de sus discípulos, «Boring se las compuso para serlo todo en Psicología, quizá el último gran universalista de la profesión» (Stevens, 1973, p. 61), lo que le hizo acreedor a un gran reconocimiento, tanto en vida como después, del que es sumamente expresivo el título de «Mr. Psychology» que le aplicara cariñosamente Yerkes; o el de «constructor disciplinar» (Cerullo, 1988) con que se ha querido caracterizar su significación última para la psicología dos décadas después de su muerte.

CUADRO 1
Obras principales de E. G. Boring

1913	<i>Learning in Dementia Precox: A Study from the Psychological Laboratory of the Government Hospital for the Insane, Washington, D.C.</i>	
1921	<i>Psychological Examining in the United States Army.</i>	(Ed.)
1929	<i>A History of Experimental Psychology</i>	
1933	<i>The Physical Dimensions of Consciousness</i>	
1935	<i>Psychology: A Factual Textbook</i>	Con H.S. Langfeld y H.P. Weld.
1937	<i>Manual of Psychological Experiments</i>	Con H.S. Langfeld y H.P. Weld.
1939	<i>Introduction to Psychology</i>	Con H.S. Langfeld y H.P. Weld.
1942	<i>Sensation and Perception in the History of Experimental Psychology</i>	
1943	<i>Psychology for the Fighting Man</i>	Con M. Van de Water y otros.
1945	<i>Psychology for the Armed Forces</i>	(Ed.)
1948	<i>Foundations of Psychology</i>	Con H.S. Langfeld y H.P. Weld.
1950	<i>A History of Experimental Psychology</i>	(2ª ed.)
1952	<i>A History of Psychology in Autobiography, IV</i>	(Ed.). Con H. Werner, R.M. Yerkes y H.S. Langfeld.
1961	<i>Psychologist at Large: An Autobiography and Selected Essays</i>	
1963	<i>History, Psychology, and Science: Selected Papers</i>	R.I Watson y D.T. Campbell (Eds.).
1965	<i>A Source Book in the History of Psychology</i>	(Ed.). Con R.J. Herrnstein.
1967	<i>A History of Psychology in Autobiography, V</i>	(Ed.). Con G. Linzey.

Así pues, Boring, que había comenzado su carrera como hombre de laboratorio completamente entregado a la investigación experimental (de su celo experimentalista da idea, por ejemplo, el que se cortara un nervio del antebrazo para poder seguir directamente el proceso de recuperación de su sensibilidad, un estudio psicofisiológico que tardó en completar cuatro años) (Stevens, 1973), al llegar a Harvard imprime un giro a su carrera en una dirección nueva y en cierto modo sorprendente. Aparentemente de la noche a la mañana se convierte en historiador (algunos dirán, incluso: *el historiador*) de la psicología.

No estamos, por tanto, ante el caso del científico que, retirado ya de todo, se ocupa de la historia para entretener la jubilación, sino de un psicólogo tremendamente

activo e influyente que, en plena madurez vital e intelectual (en torno a los 40 años), considera oportuno dirigir sus mejores esfuerzos a la composición de un texto de historia de la psicología. Y no un manual cualquiera, escrito de prisa y corriendo para salir al paso de alguna acuciante necesidad docente, sino una obra monumental en la que hasta sus mayores críticos han reconocido un prodigio de erudición y excelente escritura, en la que empleó varios años de intensa dedicación durante sus vacaciones de verano. ¿Por qué?

CLAVES DECISIVAS

Se han realizado conjeturas diversas para explicar esta aparente «anomalía» biográfica. El propio Boring sugería el intento de «compensar» una laguna de su formación, la de no haber estudiado en Alemania (porque es de psicología alemana de lo que trata en gran medida su *Historia de la Psicología Experimental*) por falta de medios y oportunidad, lo que no dejaba de producirle cierta «vergüenza» y «amargura», según sus palabras (Boring, 1960, p. 41). Probablemente algo tuvo que ver asimismo la presión de publicar (el famoso «publish or perish» de las universidades norteamericanas, como tantas otras cosas no necesariamente buenas, cada vez más arraigado también entre nosotros) en unos años en que sus crecientes obligaciones administrativas y docentes (a las que se añadieron sus tareas al frente del *American Journal of Psychology* en 1926), y acaso también la falta de una línea definida de investigación en un momento en que el enfoque introspeccionista en que se había formado perdía fuelle frente al ímpetu de las nuevas corrientes conductista y gestaltista (Helson, 1970), le mantenían alejado del laboratorio. O el propósito de ofrecer una imagen más científica de la psicología que la que se desprendía del desarrollo cada vez mayor de la psicología aplicada (O'Donnell, 1979).

Pero han sido más bien, a mi entender, estos dos los factores decisivos: la influencia de Titchener, por una parte; y la situación institucional de dependencia de la Psicología respecto de la Filosofía que Boring encontró en Harvard, por otra.

La imponente personalidad de Titchener, su maestro en Cornell, con quien se doctoró y colaboró profesionalmente, causó una impresión duradera en Boring, una especie de fascinación profunda que se dejó sentir de múltiples maneras en su vida y en su obra. «¡Qué hombre!» —llegó a escribir de él. «Siempre me ha parecido más próximo a un genio que cualquier otra persona con la que yo haya tenido alguna relación cercana» (Boring, 1952, p. 32). De carácter sumamente rígido, dominante y controlador, debía de poseer también un extraordinario magnetismo personal al que, desde luego, Boring no se sustrajo. Son numerosos los testimonios de admiración y reconocimiento a Titchener que ha dejado escritos, aunque seguramente ninguno superior al simbólico homenaje que le tributaron él y su mujer, otra devota titcheneriana, al tener su primer hijo precisamente el día del cumpleaños del maestro (el 11 de enero de 1916).

Pues bien, es Titchener el responsable del primer acercamiento de Boring a la historia de la psicología, que se produce cuando, en 1912, recibe de su maestro el encargo, junto a los demás profesores de psicología de Cornell, de preparar un curso de psicología sistemática en 200 lecciones que debían elaborar directamente a partir de fuentes alemanas. «Fue un entrenamiento maravilloso para adquirir erudición –comentó Boring muchos años después–, y también el comienzo de mi conocimiento de la historia de la psicología experimental, porque las instrucciones de Titchener nos obligaban a presentar los temas históricamente» (Boring, 1952, p. 34). Teniendo en cuenta que Boring importó ese mismo modelo de curso a su propia docencia en Harvard, habrá que reconocer a su Historia un periodo de gestación bastante más largo de los «más de cinco años» reconocidos explícitamente por su autor en el Prólogo (Boring, 1929, p. vii).

Pero si Boring debe a Titchener su inclinación y adiestramiento historiográficos, no menos le debe la concepción misma de la psicología que se propuso historiar. Se tratará, en efecto, de la *psicología experimental* en el sentido wunditiano que Titchener, que había estudiado con Wundt en Leipzig, reivindicó siempre frente a los desarrollos que, de manera creciente, habían ido desbordando ese marco. Como Boring dejó dicho en el prólogo de su Historia, «las palabras ‘psicología experimental’ tienen que significar en mi título lo que significaron para Wundt y para casi todos los psicólogos durante cincuenta o sesenta años –es decir, la psicología de la mente humana general, adulta y normal, tal como se revela en el laboratorio psicológico» (Boring 1929, p. viii). Semejante idea de la psicología, claro está –como no ha dejado de reprochársele con frecuencia–, dejaba fuera de foco amplias zonas de la investigación psicológica (la psicología animal, la psicología de las diferencias individuales, la psicología infantil y evolutiva, la psicopatología), así como todo el campo de la psicología aplicada, que había experimentado una extraordinaria expansión desde la Primera Guerra Mundial y que Titchener, desde la altura de sus exigentes criterios de cientificidad, había contemplado siempre con ostensible desdén.

En definitiva, puede decirse que la influencia de Titchener condicionó en buena medida tanto lo que la obra contiene como lo que no contiene. A esa misma influencia atribuyó Boring asimismo esa profunda «convicción de que el don de la madurez profesional sólo le llega al psicólogo que conoce la historia de su ciencia» a que he aludido más arriba. No debe sorprender, por tanto, que dedicara el libro a su maestro, a quien reconoció además expresamente como “el historiador *par excellence*” de la psicología experimental» (Boring, 1929, p. x).

Pero en la elaboración y enfoque de su *Historia* interviene también, seguramente, otro factor determinante: la necesidad de lo que acaso podría caracterizarse como «marcar territorio». Cuando Boring llegó a Harvard en 1922, lo hizo imbuido de una especie de «misión», como él mismo decía cuando intentaba explicar por qué había rechazado ofertas aparentemente más tentadoras de otras universidades: la misión de

«rescatar» la psicología de manos los filósofos, de los que en Harvard venía dependiendo administrativamente (Boring, 1952, pp. 39-40) –una misión, si no imposible, sí ciertamente larga y difícil, porque no pudo cumplirse hasta más de diez años más tarde, cuando finalmente se logró que el Departamento inicialmente común de Filosofía y Psicología se dividiera en dos.

Se ha visto precisamente la Historia de la Psicología Experimental como uno de los principales instrumentos utilizados por Boring para alcanzar ese propósito independizador. Porque en ella, sin dejar de mostrar las raíces de la psicología en la filosofía, Boring subrayaba al mismo tiempo sus otras raíces, las que se hundían en las ciencias experimentales. Y al hacerlo, no sólo justificaba la existencia de este nuevo ámbito disciplinar (la «nueva psicología», como se la llamó a finales del siglo XIX), sino que marcaba claramente la distancia y las diferencias del mismo respecto del legado filosófico; un legado que, desde esta perspectiva, no podía aparecer sino como anacrónico y obstaculizador.

«Los americanos tenían libertad para concentrarse en los problemas experimentales», comentaba Boring en las páginas finales de su libro, contrastando esa libertad con la mayor dependencia de la filosofía que sufría en sus comienzos la psicología europea. Pero añadía inmediatamente: «Excepto cuando se lo impedía la unión administrativa con la filosofía en las universidades» (Boring, 1929, p. 657). El comentario, realizado con aparente intención retrospectiva, tiene sin embargo el sello inconfundible de una reivindicación presente. «La psicología marcharía mejor si renunciase completamente a su herencia filosófica... y, sin el lastre de un alma dividida, se dedicase a sus cosas», son las últimas palabras del libro (*Ibid.*, p. 661). El «llamamiento a la independencia de la filosofía» parece haber sido, por tanto, uno de los principales mensajes que su autor quiso transmitir con él (Samelson, 1980).

MODELO HISTORIOGRÁFICO

Ahora bien, la *Historia* de Boring posee unos rasgos específicos que conviene identificar, porque a partir de ellos se explica, tanto por la vía de la influencia como de la reacción crítica, buena parte de la historiografía psicológica general posterior. ¿Qué rasgos son esos? Experimentalismo, presentismo, personalismo y naturalismo son tal vez los que mejor la definen (Tortosa, Calatayud y Pérez-Garrido, 1992).

Se trata por lo pronto, en efecto, de una historia de la psicología *experimental*. «La aplicación del método experimental al problema de la mente –afirmó– es el gran acontecimiento en la historia del estudio de la mente, un acontecimiento al que no puede compararse ningún otro» (Boring, 1929, p. 659). Ya hemos visto el sentido restringido con que Boring, en sintonía con la concepción heredada de Titchener, entiende el experimentalismo psicológico que le sirve como hilo conductor; un sen-

tido, además, que le permite ubicar la contribución de su maestro (y la suya propia, claro está, en tanto que discípulo) como una especie de culminación de una tradición venerable que nace de la fusión de la psicología filosófica desarrollada por la filosofía y la psicología fisiológica desarrollada por la fisiología, y que recibe en la figura de Wundt su definitiva sanción inaugural, el espaldarazo definitivo.

Hay, pues, en su historia un decidido propósito de mostrar «cómo la psicología ha llegado a ser lo que es» (Boring, 1950, p. xiii) mediante la selección de «aquella parte del pasado cuyos descendientes directos son importantes hoy» (*Ibid.*, p. 3). Es por tanto el presente su punto de partida y su punto de llegada. La historia se orienta así a exaltar ese presente por el procedimiento de seleccionar aquellos aspectos del pasado que lo permiten; un viaje de ida y vuelta cuya intención legitimadora última se revela en la pregunta que se plantea en una de las páginas finales: «¿Hasta qué punto se ha justificado a sí misma la nueva psicología?» (Boring, 1929, p. 658).

La inexistencia de grandes psicólogos y el conflicto irresuelto con la filosofía le servían en la primera edición (1929) para excusar en ella la ausencia de mayores y mejores logros. En la segunda, en cambio (1950), resuelto ya el conflicto con los filósofos y reconocida la grandeza y pertenencia a la tradición psicológica de al menos cuatro nombres de «importancia póstuma persistente» que no obtenían en la anterior tal reconocimiento, los de Darwin, Helmholtz, James y Freud (Boring, 1950, p. 743), la necesidad de justificación no parecía resultar tan acuciante. A la altura de 1950, en efecto, lo que se imponía más bien era la brillantez de un presente psicológico caracterizado por el incremento en el número de psicólogos, por el desarrollo institucional independiente de la filosofía, por la incorporación del aprendizaje y la motivación a los grandes temas de investigación de laboratorio (limitados antes a la sensación y la percepción) y por la creciente demanda social de aplicaciones fundadas experimentalmente (psicoacústica, psicofísica visual, psicología educativa y clínica...). No eran ya necesarias justificaciones adicionales (*Ibid.*, p. 741).

Un rasgo sobresaliente de la *Historia* de Boring (tan seguido e imitado como acerbamente criticado luego) es el relieve que en ella adquieren los materiales biográficos, la información sobre los autores que protagonizan el argumento histórico narrado en sus páginas. Boring justificaba este punto de vista personalista (como lo llamó él mismo) en el carácter «intensamente personal» que en su opinión había caracterizado a la historia de la psicología experimental (Boring, 1929, p. viii), donde la autoridad de los grandes creadores habría tenido un peso enorme y resultaba claramente perceptible en la formación de los distintos movimientos y escuelas, y en la investigación llevada a cabo desde ellas. Seguramente la poderosa influencia recibida de la figura de Titchener se dejaba sentir también en esta apreciación historiográfica.

Pero no parece que esta «teoría de los grandes hombres» le resultara del todo satisfactoria como principio explicativo del progreso histórico. Ni siquiera en la primera edición de su libro, en que no tenía desarrollada todavía una teoría alternativa. Aun sin

tenerla, sin embargo, apuntaba a ella cuando en el Prólogo se hacía esta pregunta: «Si las personalidades están, en parte, detrás la psicología, ¿qué hay detrás de las personalidades?» (Boring, 1929, p. ix); y él mismo se respondía en el epílogo apelando a la idea de oportunidad («la dirección adecuada en el momento adecuado», son sus palabras) al intentar explicar el éxito que había tenido la fundación de la psicología experimental por Wundt, a quien venía a considerar en consecuencia «más un instrumento de los tiempos que un creador» (*Ibid.*, p. 660).

Con ello estaba anticipando el concepto de *Zeitgeist* o «espíritu de los tiempos», que iba a dibujar en la segunda edición. Con él quería referirse al clima de opinión vigente en un momento y lugar históricos dados, que es lo que hace posible, a última hora, que prendan o arraiguen en ellos determinadas intuiciones, ideas o descubrimientos, mientras impide que otros lo hagan. El progreso científico, por tanto, sería el resultado de la tensión dialéctica entre la contribución de los grandes hombres y el poder facilitador u obstaculizador del *Zeitgeist* (Boring, 1955), que constituyen, según Boring, «el anverso y el reverso» respectivamente de todo proceso histórico (Boring, 1950, p. xiii). Así, pues, venía a completar la perspectiva personalista dominante en la primera edición –y necesaria en todo caso, porque «el progreso de la ciencia es obra de mentes creadoras» (*Ibid.*, p. 3)– con otra que él mismo denominó naturalista, desde la que pretendía atisbar «no sólo lo que los hombres hicieron y lo que no hicieron, sino también por qué lo hicieron o por qué, en aquel tiempo, no lo podían hacer» (*Ibid.*).

RECEPCIÓN Y REACCIÓN

La *Historia de la Psicología Experimental* de Boring, claro está, no fue recibida sin críticas. Unas se referían al sentido excesivamente restrictivo y excluyente que se daba a la psicología experimental historiada, tan focalizada en cuestiones sistemáticas y en la investigación de los procesos sensoriales y perceptivos, y tan poco atenta en cambio a multitud de cuestiones psicológica y experimentalmente relevantes a las que en opinión de los críticos se debería haber prestado más atención. Watson, por ejemplo, comentaba que la Historia de Boring era una historia competente y bien escrita... de los desarrollos que le interesaban a Boring (algo que, por lo demás, admitía el propio Boring, que se defendía remitiendo al sentido originario de la expresión «psicología experimental», y consideraba ridículo pensar que una tarea como la de su *Historia* podía haberse llevado a cabo sobre un ámbito que no dominase su autor) (Samelson, 1980).

Otras tenían que ver más bien con la excesiva atención prestada a aspectos que los críticos juzgaban externos a la psicología experimental misma (tales como la fundación de laboratorios y sociedades, la aparición de revistas y libros de carácter sistemático y, sobre todo, las amplias consideraciones de tipo biográfico) en contraste con el escaso detenimiento con que se trataban los resultados propiamente experimentales (Wo-

odworth, 1930, p. 522). En palabras de uno de sus críticos más tempranos, «casi la mitad del libro (...) podía haber llevado mejor el título “Las vidas y las obras de los psicólogos modernos”» (Weld, 1931, citado en Samelson, 1980). Seguramente fue el reconocimiento del acierto de argumentos de este tipo los que terminaron llevando a Boring a escribir un nuevo libro, *Sensación y percepción en la historia de la psicología experimental*, en cuyo prólogo admitía abiertamente la inadecuación del título de su obra anterior, por cuanto en ella no había llegado a ocuparse en la experimentación propiamente dicha de la psicología experimental (Boring, 1942, p. vii).

En el lado positivo, por otra parte, se destacó la ingente cantidad de material biográfico y bibliográfico revisado, su valor como auténtica «mina de información» (Woodworth, 1930, 523), su estilo claro y atractivo. «Lo que hacía las delicias del lector era el descubrimiento de que la vieja y aburrida historia académica podía revestirse de animadas frases sin menoscabo alguno de la de erudición», ha dejado escrito por ejemplo S.S. Stevens, uno de sus principales discípulos (Stevens, 1973, p. 49).

Así, y a pesar de algunos reproches iniciales, el libro de Boring tuvo en general una acogida extraordinaria y se asentó muy pronto como una referencia insoslayable y una irresistible fuente de inspiración durante un buen número de años. En el Cuadro 2 se recogen indicativamente algunos expresivos testimonios de psicólogos e historiadores de la ciencia y la psicología (en muchos casos de autores por lo demás sumamente críticos con su obra) que pueden dar una idea aproximada del éxito que obtuvo y de la significación que fue cobrando con el tiempo.

CUADRO 2

Algunos testimonios significativos

La monumental <i>Historia de la Psicología Experimental</i> es el texto y la fuente estándar de referencia en todo el mundo (Watson y Campbell, 1963).
Su contribución es inigualable (Young, 1966).
El nuevo volumen [la 2ª edición de la <i>Historia de la Psicología Experimental</i>] se convirtió en un clásico en sustitución de otro clásico (Stevens, 1973).
El historiador de la psicología de mayor éxito de mediados del xx (Blumenthal, 1980).
El historiador de la psicología más influyente de este siglo (Kelly, 1981).
En 1929, E.G. Boring publicó la primera edición de su <i>Historia de la Psicología Experimental</i> , que dominó el campo durante décadas (Richards, 1987).
De los años 30 a los 60, este extraordinario historiador fue indiscutiblemente una de las figuras más respetadas e influyentes de la psicología americana (Cerullo, 1988).
Durante muchos años su libro se erigió en el texto principal de historia de la psicología (Hilgard, Leary y McGuire, 1991).

Ahora bien, tras un éxito prácticamente indiscutido de unas cuatro décadas, la situación cambia de manera drástica a partir aproximadamente de los años 70. El reconocimiento prácticamente unánime que venía recibiendo el trabajo histórico de Boring empieza entonces a ponerse en entredicho, a medida que se va extendiendo e imponiendo el nuevo tipo de sensibilidad historiográfica de lo que va a terminar conociéndose como «nueva historia» (Furumoto; 1989) o «historia crítica» de la psicología (Woodward, 1980). Desde esta nueva perspectiva, la obra de Boring empezará a verse como prototipo de una «vieja historia» definitivamente caduca y urgentemente necesitada de renovación.

En lo que algunos han considerado como el «manifiesto» de esta nueva historiografía psicológica, la psicóloga e historiadora norteamericana Laurel Furumoto (1989) sintetizaba así los rasgos esenciales con que el nuevo enfoque aspiraba a diferenciarse del «viejo» (Cuadro 3).

CUADRO 3

La vieja y la nueva historia (adaptado de Furumoto, 1989)

Vieja Historia	Nueva Historia
Historia de las ideas	Más Contextual
Ceremonial	Más Crítica
Grandes hombres	Más incluyente
Fuentes secundarias	Más archivística
Presentismo	Más historicista

Esto es, se reclamaba una historia que atendiese más a lo que se ha llamado la «historia externa», las condiciones socioculturales e institucionales que hacen posible que las ideas arraiguen y se extiendan en un marco histórico dado; que fuese más allá de la hagiografía, el homenaje o el relato con función simbólica, y realizase un esfuerzo de auténtica comprensión de las fuerzas en juego en el cambio histórico; que permitiese considerar el papel desempeñado por individuos y grupos tradicionalmente excluidos de la atención historiográfica (mujeres, minorías étnicas, etc.); que buscara la solidez de sus construcciones interpretativas en la utilización de fuentes primarias; y que se esforzase por entender el pasado en sus propios términos, de acuerdo con las ideas, intereses y valores de su propio tiempo, en lugar de proyectar sobre él los del nuestro y desvirtuarlo, en ese proceso, en función de consideraciones anacrónicas ajenas al pasado mismo y más propias de la situación actual.

Uno de los factores que más iba a contribuir a consolidar este nuevo sentir historiográfico es la revisión a que se somete la contribución de Wundt a la psicología con

motivo de la celebración, en 1979, del centenario de la fundación de su laboratorio psicológico. La ocasión dará lugar a una relectura de su obra de resultados de la cual se pondrá de manifiesto la insuficiencia con que Boring, más atento a justificar la tradición experimentalista en psicología que a dar cuenta rigurosa del pensamiento wundtiano, había tratado su figura. Porque Boring, siguiendo a su maestro Titchener —que supuestamente lo conocía bien y había traducido alguna de sus obras—, ofrecía una imagen de Wundt en la que este aparecía, por así decirlo, «britanizado»: una imagen deformada que lo presentaba como un autor mucho más experimentalista, asociacionista y atomista de lo que nunca lo fuera el psicólogo alemán (es decir, un Wundt titcheneriano), al tiempo que ignoraba u oscurecía dimensiones que, según se ha visto luego, eran esenciales en su pensamiento (como sus componentes volicionales y axiológicos, o su psicología de los pueblos, entre otros) (Bringmann y Tweney, 1980; Rieber, 1980).

En definitiva, a propósito de su interpretación de Wundt, se arremetió contra Boring por haberse «inventado un pasado» (Kelly, 1981) (dicho sea parafraseando el título de uno de los artículos de crítica boringiana que pueden verse proliferar en esos años) en función de sus propios intereses experimentales, ignorando así el impacto de otros intereses como los utilitarios o aplicados, y proporcionando en consecuencia una imagen gravemente distorsionada del desarrollo de la psicología (O'Donnell, 1974). De este modo habría creado para ella lo que se ha llamado un «mito del origen» (Samelson, 1974); esto es, habría intentado justificar la existencia y valor de la psicología como ciencia experimental por el procedimiento de dotar a esta de venerabilidad y continuidad al situarla bajo la advocación de Wundt, el «gran hombre» que la habría pensado, fundado o descubierto mucho tiempo atrás.

Así, aunque ninguno de los rasgos defendidos por la «nueva historia» resultaba en rigor completamente ajeno al enfoque de Boring (Lovett, 2006), su obra propendió a contemplarse desde el estereotipo de la «vieja historia» que la nueva perspectiva combatía. Desde esta óptica aparecía como guiada por unos intereses experimentales más propios del presente que del pasado, en el que habrían logrado fundarse sólo a costa de pasar por alto buena parte de la complejidad y riqueza del contexto histórico pertinente; su dependencia de las fuentes secundarias (de procedencia supuestamente titcheneriana) habría dado lugar a una visión insuficientemente crítica o incluso decididamente falsificadora del pensamiento de Wundt; en tanto que su excesiva atención a las ideas de los «los grandes hombres», a cuya contribución atribuía un peso determinante en el desarrollo de la psicología, le habría impedido valorar adecuadamente el papel de otras fuerzas decisivas en la dinámica histórica.

DIMENSIONES DE VIGENCIA

Podría pensarse en este punto que cuando se acerca uno hoy a la figura de Boring, y concretamente a su obra histórica, se está necesariamente abocado a obtener una

imagen más o menos ajustada al modelo de «ascenso y caída» que ha solido aplicarse al devenir histórico del Imperio Romano o del Tercer Reich. La cuestión, sin embargo, dista mucho de haber quedado definitivamente zanjada. Hace tan sólo unos años se ha vuelto a oír alguna voz reivindicativa de la dimensión crítica de la obra de Boring (porque crítica lo es, indudablemente, en su tratamiento de muchos de los autores incluidos en ella), así como del profundo conocimiento y manejo de las fuentes primarias que se pone en ella de manifiesto (que ha sido reconocido incluso por muchos de sus detractores). Junto a ello, se asiste también al cuestionamiento del dogmatismo exclusivista con que se han defendido algunas de las tesis de la «nueva historiografía», que en algún caso se han preferido ver más como complementarias que como estrictamente contrapuestas a las definitorias de la historiografía tradicional (Lovett, 2006). Después de todo, como ha dicho expresivamente el historiador de la ciencia Robert Young, «la historia, como la ciencia, es controversia, no cuentos chinos» (Young, 1966, p. 16), y la significación de la obra historiográfica Boring parece seguir siendo una cuestión controvertida.

No resulta impropio, por tanto, comenzar precisamente esta última parte de mi trabajo —que aspira a poner de relieve algunas dimensiones de vigencia que me parece advertir en la obra historiográfica boringiana por excelencia— subrayando justamente el signo de vitalidad que supone el que su obra siga siendo materia de discusión en la actualidad. De la insoslayable presencia de Boring en la historiografía contemporánea da testimonio el hecho de que se haya erigido en el enemigo a batir por buena parte de la «nueva historia», que por una parte lo ha convertido en una especie de símbolo de la historia que no habría que hacer, pero por otra parece no poder prescindir de él como referente antagonista por oposición al cual definir las señas de su propia identidad. En mi opinión, sigue siendo válida la certera apreciación de Young, hace ya más de cuatro décadas, que situaba la obra de Boring «en el centro tanto de los logros como de las limitaciones de la historia de la psicología como disciplina académica» (Young, 1966, p. 14).

Pues bien, entre los logros que pueden hoy seguirse reseñando como tales, uno de los menos discutidos quizá haya sido el de su luminoso estilo literario, ejemplo de escritura historiográfica atractiva que, desgraciadamente, sólo resulta apreciable en el idioma original, ya que la farragosa traducción de la editorial Trillas es más bien, a mi entender, ejemplo de lo contrario.

La obra de Boring es, además, una fuente de información muy rica que, a pesar de lo discutible de algunas de sus interpretaciones, sigue siendo inestimable por la gran abundancia de materiales que proporciona, que aún pueden resultar muy útiles a la investigación histórica. En particular se ha destacado la extraordinaria contribución que representan las notas incluidas al final de cada capítulo, donde, según se ha dicho, puede encontrarse «un catálogo interesantísimo de preguntas sin respuesta» (Young, 1966, p. 16) capaz de seguir estimulando la tarea del investigador.

Por lo demás, la aproximación teórica de Boring, su esfuerzo por ir más allá del marco descriptivo al uso mediante una propuesta explicativa concebida en términos de tensión dialéctica entre las ideas de los grandes hombres y el *Zeitgeist*, no deja de ser también un logro muy estimable (Caparrós, 1980), además de constituir una lúcida anticipación de los debates posteriores sobre los méritos relativos de la «historia interna», con su acento en el progreso lógico y empírico, y la «historia externa», con su énfasis en los factores socioculturales e institucionales, que se han producido posteriormente en el ámbito de la historia de la ciencia (Kelly, 1981).

Sobre las limitaciones e insuficiencias de la obra boringiana no será necesario volver, porque ya se han comentado suficientemente para nuestros propósitos. Sí me interesa en cambio, para terminar, resaltar algunos aspectos más generales que han permanecido más allá de las críticas recibidas en estos últimos tiempos, y que pueden considerarse entre los más valiosos y perdurables de su contribución. Me referiré concretamente a dos.

Uno apela directamente a los historiadores de la psicología, y tiene que ver con la posibilidad de someter la historia a revisión. La cuestión se la planteaba el propio Boring, como no podía dejar de hacerlo, en el pórtico de la segunda edición de su libro, en la que se proponía precisamente esta tarea. Y lo hacía justificando esa posibilidad con la siguiente metáfora: «La psicología ha madurado, no como una persona que nunca adquiere nuevos antepasados a medida que envejece, sino como una familia que, cuando se casa uno de sus miembros, adquiere de pronto todos los antepasados del nuevo cónyuge» (Boring, 1959, p. xiii). Resulta así que «el presente cambia el pasado; y, a medida que el foco y ámbito de la psicología cambian en el presente, nuevas partes del pasado entran en su historia y otras salen» (Boring, 1929, p. vii). La revisión de la historia, por tanto, no sólo es posible sino que es necesaria. Cada generación de historiadores deberá ensayarla de nuevo, porque, como se ha dicho alguna vez, «el pasado ya no es lo que era»: lo cambia o lo ilumina precisamente el presente con sus nuevos puntos de vista, su nueva jerarquía de valores e intereses.

La obra de Boring constituye, por tanto, una permanente invitación a revisar la historia y, en ese mismo sentido, a abordar de modo crítico la propia aportación boringiana. La actual crítica historiográfica, en consecuencia, lejos de constituir un signo o certificación de su fracaso, vendría a ser precisamente, desde esta perspectiva, una medida de su éxito.

El otro aspecto que me parece pertinente destacar aquí, más que al historiador apela directamente al psicólogo mismo. En este caso, de lo que se trata es de la relevancia que la historia de la psicología tiene para el psicólogo profesional. Boring sabía bien que la imagen que una disciplina tiene de su pasado influye en la aceptación o rechazo de ciertas ideas y estilos de actuación, en el modelado de actitudes y opiniones sobre los distintos temas y métodos de investigación, en la orientación intelectual de

sus profesionales, aunque sólo sea por la vía de los modelos ejemplares que propone. Su propia *Historia de la Psicología Experimental*, al subrayar la especialización de laboratorio y la independencia de la filosofía, quiso ser no sólo una indagación sobre el pasado sino también, al mismo tiempo, una orientación para el futuro.

Por eso reclamaba para el psicólogo una sólida formación histórica: «Siempre he creído que el psicólogo experimental necesita sofisticación histórica dentro de la propia esfera en la que es experto. Sin ese conocimiento ve el presente con una perspectiva distorsionada, toma por nuevos hechos viejos y viejas nociones, y permanece incapaz de evaluar la significación de los nuevos movimientos y de los métodos nuevos. En este asunto difícilmente puedo exagerar la fuerza de mi fe. Una sofisticación psicológica que no contiene orientación histórica no me parece sofisticación en absoluto» (Boring, 1929, p. vii).

Y no carece de interés señalar que Kurt Danziger, también psicólogo e historiador como Boring y figura de referencia para esa «nueva historia» que ha sido tan crítica con él, se haya expresado al respecto en términos muy parecidos: «Uno tiene la sospecha de que una cierta sofisticación histórica sobre su campo obraría milagros en la capacidad de los psicólogos de enriquecer la vida cultural tanto de su propia sociedad como de otras sociedades. Y como con ella dependerían menos de las modas pasajeras, sería de esperar que mejorase también la calidad de sus contribuciones» (Danziger, 1994, p. 481).

Entre tanta discrepancia, conforta comprobar esta convergencia entre el «nuevo» y el «viejo» historiador.

REFERENCIAS

- Balbuena, F. (2002). El análisis de E. G. Boring con H. Sachs y su influencia en el posicionamiento de aquél frente al psicoanálisis. *Revista de Historia de la Psicología*, 23(3-4), 395-400.
- Blumenthal, A.L. (1980). Wilhelm Wundt and Early American Psychology: A Clash of Cultures. En R.W. Rieber (Ed.), *Wilhelm Wundt and the Making of a Scientific Psychology* (pp. 117-135). New York: Plenum Press.
- Boring, E.G. (1929). *A History of Experimental Psychology*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Boring, E.G. (1940). Was this Analysis a Success? *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 35, 4-10.
- Boring, E.G. (1942). *Sensation and Perception in the History of Experimental Psychology*. New York: Irvington Publishers.
- Boring, E.G. (1950). *A History of Experimental Psychology* (2ª ed.). New York: Appleton-Century-Crofts.

- Boring, E.G. (1952). Edwin Garrigues Boring. En E. G. Boring, H. Werner, R.M. Yerkes y H.S. Langfeld (Eds.), *A History of Psychology in Autobiography*, 4 (pp. 27-52). Worcester, Mass.: Clark University Press.
- Boring, E.G. (1955). Dual Role of the *Zeitgeist* in Scientific Creativity. *Scientific Monthly*, 80, 101-106.
- Boring, E.G. (1960). Psychologist at Large. En E.G. Boring (1961), *Psychologist at Large. An Autobiography and Selected Essays* (pp. 3-83). New York: Basic Books.
- Bringmann, W.G. y Tweney, R.D. (Eds.) (1980). *Wundt Studies: A Centennial Collection*. Toronto: C.J. Hogrefe.
- Caparrós, A. (1980). Problemas historiográficos de la historia de la psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 1(3-4), 393-414.
- Cerullo, J.J. (1988). E. G. Boring: Reflections on a Disciplinary Builder. *American Journal of Psychology*, 101, 561-575.
- Danziger, K. (1994). Does the History of Psychology Have a Future? *Theory & Psychology*, 4(4), 467-484.
- Furumoto, L. (1989). The New History of Psychology. *The G. Stanley Hall Lecture Series*, 9, 9-34.
- Helson, H. (1970). E.G.B. The Early Years and Change of Course. *American Psychologist*, 25(7), 625-629.
- Hilgard, E.R., Leary, D.E., McGuire, G. (1991). The History of Psychology. A Survey and Critical Assessment. *Annual Review of Psychology*, 42, 79-107.
- Kelly, B.N. (1981). Inventing Psychology's Past: E.G. Boring's Historiography in Relation to the Psychology of his Time. *The Journal of Mind and Behavior*, 2(3), 229-241.
- Lovett, B.J. (2006). The New History of Psychology. A Review and a Critique. *History of Psychology*, 9(1), 17-37.
- O'Donnell, J. (1979). The Crisis of Experimentalism in the 1920's. E.G. Boring and his Uses of History. *American Psychologist*, 34(4), 289-295.
- Richards, G. (1987). Of What is History of Psychology a History? *The British Journal for the History of Science*, 2(2), 201-211.
- Rieber, R.W. (Ed.) (1980). *Wilhelm Wundt and the making of a scientific psychology*. New York: Plenum Press.
- Samelson, F. (1974). History, Origin Myth and Ideology: 'Discovery' of Social Psychology. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 4(2), 217-231.
- Samelson, F. (1980). E.G. Boring and his 'History of Experimental Psychology'. *American Psychologist*, 35, 467-470.
- Stevens, S.S. (1973). *Edwin Garrigues Boring, 1886-1968. A Biographical Memoir*. Washington D.C.: National Academy of Sciences.

- Tortosa, F., Calatayud, C., Pérez-Garrido, A. (1992). E.G. Boring en la historiografía psicológica contemporánea. *Revista de Historia de la Psicología*, 13(2-3), 335-351.
- Watson, R.I. y Campbell, D.T. (Eds.) (1963). *History, Psychology, and Science: Selected papers by Edwin G. Boring*. New York/London: John Wiley and Sons, Inc.
- Woodward, W. (1980). Toward a Critical Historiography of Psychology. En J. Brozek y L. Pongratz (Eds.), *Historiography of Modern Psychology* (pp. 27-54). Toronto/Göttingen: Hogrefe.
- Woodworth, R.S. (1930). Edwin G. Boring 'A History of Experimental Psychology' (Book Review). *Pedagogical Seminary and Journal of Genetic Psychology*, 38, 521-526.
- Young, R.M. (1966). Scholarship and the History of the Behavioural Sciences. *History of Science*, 5, 1-51.

Artículo recibido: 14-01-11

Artículo aceptado: 10-02-11

